

PONGA USTED EL TITULO, POR FAVOR

Da gusto pasear por la Feria del Libro. Como por esa otra, permanente, aunque no tenga la expansión jubilosa del aire libre bajo el sol: la librería nuestra de cada día. El libro pertenece al orden de cosas cuya estimación se nos presenta radical. Si se le ama, uno no puede viajar sin hacer la espera en el quiosco de la estación, ni hay ciudad que luego no recuerde por un escaparate.

Toda feria tiene un poco de "feria de las vanidades". Como que su meta es "mostrar", "realzar", el "mettre en valeur" que dicen los vecinos franceses. Por cierto que ellos, siempre tan dados a lo galante, lo emplean mucho en este sentido: el de la mujer que "pone en valor" lo que ella considera más codiciable en su propia persona: el brillo de los ojos, la tentación de su boca, la armonía de... lo que sea. Es el españolísimo "sacar el paño del arca", sólo que sin el tufillo arcaizante. Y es natural. Si se trata de un objeto, nos interesamos en primer lugar por aquello que impresiona nuestros sentidos, y luego vendrá el sopesar. Y si persona -volvamos al ejemplo más agradable, el de la mujer-, quién se atreverá a negar que casi siempre se empieza por la envoltura, y sólo después, aunque sea segundos después buscamos el añadido de las virtudes compañeras.

Algo así debe de ocurrir con los libros; paréceme en la mañana luminosa de abril. Como el goloso demora ante las lunas de la confitería y sabiamente anticipa sabores con sólo mirar el talante de las muestras, que le están diciendo: "¡cómeme!", así el catador de libros pasa y repasa escuchando voces que le hablan: "¡léeme!". Puede ser el nombre del autor. Como que se trata de la marca de fábrica, del marchamo -aunque no infalible- de garantía. Pero también las cubierta gratas a la vista, el halago al tacto de una cartulina, hasta el olor sutil de un tipo de papel. Y el título.

Esto del título es asunto que se las trae. Quien escribe -libro, artículo, poema-, sabe que en cada aventura le pasará una de estas dos cosas: Tiene un título -casi siempre precioso-, y a continuación pone sus ideas y sentimientos. O bien empieza por esto último y luego tiene que bautizar la obra; a veces, muchas veces, con más sudor para dos palabras que para doscientas páginas. "La feria de las vanidades" -por asociación con lo de más arriba- empezó con un título lamentable: "Bocetos a pluma y lápiz de la sociedad inglesa." A Thackeray, una noche, estando acostado, que estos relámpagos llegan cuando menos se piensa, le acudió el título glorioso: "Vanity fair". En Francia hay una medalla de oro del título, otorgada no sé si por los editores o los

libreros. Creo que entre otros la tiene Gilbert Cesbron, por "Los santos van al infierno". Es una manera de premiar el mérito, es decir, de reconocer la dificultad. Ahora mismo, al hilo de esta andadura, se me están agolpando mil títulos sonoros, poéticos, astutos, intencionados, indiferentes, exagerados, tímidos... Qué tentación extenderse, hacer clasificaciones, análisis. Pero sería muy largo. Miro el más cercano. Es obra erudita, pero no deja de ser obra de fina creación: "Diccionario secreto". Qué agudo bautizante, este don Camilo José. Ahora sigo de memoria. "Muerte a los curas" parece un grito imperativo. Pruebo a recitarlo en tono menor y no me sale. Y decirlo fuerte, la verdad, me da no sé qué. "Monólogo de una mujer fría", con la adición turbadora de "Una mujer en la frontera de la edad", habrá dado a Manuel Halcón, sospecho, algún lector o lectora extra; y siguió con "Desnudo pudor". Aún se lee "Nada", y que se lea por muchos años. Pienso en tanta modestia, si no es la manera más sutil y complicada de titular. Y junto a tantos esfuerzos evidentes para que el título se pegue al oído y cercenar asonancias y que las sílabas rueden con facilidad... "Tres tristes tigres", ¡qué provocación!

Hay que dejar esto. Sería el cuento de nunca acabar. Y a propósito de acabar, está el deber, por lo menos la costumbre de hacerlo con alguna conclusión, y mejor si es moraleja. A mí, en este trance, sólo se me ocurre advertir contra el peligro de que neguemos algunas audiencias debidas, o malgastemos el tiempo en otras indebidas, sólo por mor del rótulo. O por culpa de la vitola. Unas veces por defecto. Por exceso, otras. Que nunca conviene el desacuerdo entre lo que el título promete y lo que da, entre continente y contenido.

Menos mal -teníamos que traerlo hoy a colación, sino no sería la Fiesta del Libro-, menos mal que "no hay libro malo". Lo dijo Plinio el Joven (qué bien quedan las citas tan cultas); y también don Miguel, padre más que ninguno de estas ferias, fiestas y mercados. Todo se ha cumplido, salvo firmar -cuatro rasgos- y bautizar el artículo. Esto es lo peor. Pero la buena obra, ¿no es aquella que se completa entre quien la escribe y quien la lee? Amigo mío, ponga usted el título, por favor.

Antonio PEREIRA